

LIBROS

**Haroldo Conti:**  
**«En Cuba  
y América por  
primera vez»**

Con Mascaró, cazador americano, el escritor argentino Haroldo Conti obtuvo este año el Premio Novela de Casa de las Américas, premio que compartió con el uruguayo Eduardo Galeano.

Conti no es un recién llegado a esto de los premios. Varios le fueron discernidos en el transcurso de los últimos quince años: Life (1960); Fabril Editora (Buenos Aires, 1962); Municipal de Buenos Aires (1964); Universal de Veracruz (Méjico, 1966) y Barral, en 1971, por su novela *En vida* (1).

En el paraje llamado el Delta, escenario de su novela *Sudeste* y de muchos de sus cuentos, lo encontré en una tarde de este otoño. Atardecía. Los mosquitos zumbaban. El sol se debilitaba y ellos salían al ataque. Pero Haroldo no los registraba, y prefería hablar al aire libre, junto al río, que corría marrón y manso.

—¿Viene de su infancia su amor por el Delta, por los barcos?

—No, es muy posterior. Conocí esto en el cincuenta. En seguida lo reconocí como mío.

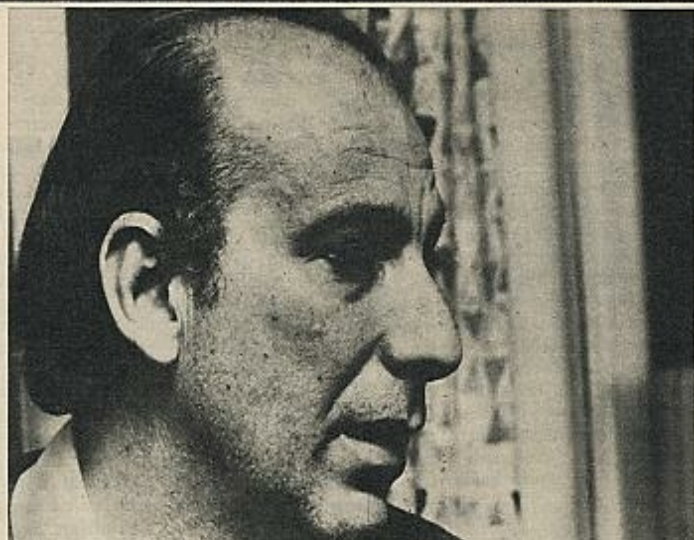
—¿Su pasión por los barcos estará relacionada con la idea de lo desconocido, de la aventura?

—Beaudelaire lo dice: «Los barcos tienen alma vagabunda». Tal vez es eso lo que intuimos en ellos.

—¿Está la novela premiada en la línea de las anteriores?

—En este libro hay cambios sustanciales

(1) Ver «Un premio para un argentino», por José Antonio Gómez Marín (TRIUNFO, número 479).



Haroldo Conti.

que son reflejo de cambios de mi vida.

—¿Qué cambios?

—Políticos, de sensibilidad. Cuando en el setenta y uno fui a Cuba, vi América por primera vez.

—Quiere decir que por primera vez vio los problemas de América Latina...

—Sí; en ese momento creo que cerré un ciclo. Cuando *En vida* ganó el Barral, había llegado a una especie de callejón sin salida. Estaba encerrado en dramas y situaciones personales. No tenía a la vista el contorno americano, argentino. Mi literatura había sido hasta ese momento una literatura de marginados. Tipos del Delta, de las «villas miserias», de pueblos perdidos.

—Eso no determina necesariamente la imposibilidad de aludir a lo político...

—En este caso, sí. Se trataba de solitarios sin vinculación con su entorno político. Su soledad es incluso física.

—¿En esta novela plantea la situación de individuos que se comprometen políticamente?

—No hay ninguna propuesta política en el libro, pero quizá, como en *El gran sertón*, de Guimaraes Rosa, o en *Cien años de soledad*, creo que uno llega a sentir la presencia de América.

—Por los escenarios, personajes, situaciones... En lo poco que leí de su libro encontré un cambio total en el lenguaje.

—Busqué un cambio. —¿Considera que ha innovado?

—Eso es difícil decirlo.

—¿Considera a García Márquez un innovador?

—No. Sé que muchos van a gritar. No lo considero un innovador.

—¿Quién sería un innovador en el sentido del lenguaje?

—Guimaraes Rosa, Juan Gelman (2).

—¿Qué es lo que le hace decir: «Este es un innovador»?

—Cuando siento que encontré una mayor libertad para expresar lo que quiere. Porque todo nos limita para expresarnos. No sólo el lenguaje es una limitación, también la lengua. La propia lengua. En Mascaró, de pronto altero las palabras.

—Incluso se saltea proposiciones.

—O utilizo parónimos que no tienen nada que ver con lo que estoy diciendo.

—¿Qué consigue con eso?

—Imponer al lector un curso de pensamientos. Hacer que se familiarice con un lenguaje que no es el tradicional.

Mientras hablaba se pascaba. Frecuentemente se apretaba la cabeza con ambas manos y cerraba los ojos con fuerza. «Me duele la cabeza —dijo—. Le juro que me duele».

—Yo le creo. ¿Le duele a menudo?

—Siempre me duele.

(2) Poeta argentino contemporáneo.

La cabeza me duele siempre.

—¿Cuando acaba un libro también?

—Por unos días, no. Pero en seguida me empieza el dolor y una especie de desconcierto. Como si me hubiera quedado sin base. Como si una vida que iba llevando se me acabara. Los personajes se me van. Y yo los quería. A menudo nos preguntamos con mi compañera qué será de Mascaró, en qué andará el loco Farseto.

—¿Y cuando el tiempo pasa?

«Uno los va olvidando como se olvida a los muertos», dijo. Y se fue caminando hasta la orilla. Cuando volvió dijo: «Cambió el viento. Va a llover». Y luego: «En definitiva, uno siempre es el protagonista, siempre está delante o detrás de los personajes».

—¿Aun de los que de- testa?

—De hecho, todos salen a mí.

—Pero hay personajes que ama y personajes que odia.

—No, los amo a todos. —A un delator tiene que odiarlo.

—Termino queriéndolo siempre. Siempre los redimo o les veo el lado bueno. Tengo un personaje que es un rufián, Scapa. Acabé por amarlo y redimirlo. En la próxima novela reaparecerá en busca de su total redención —dijo, y señaló hacia el río—. Va a llover. Voy hasta el muelle. Después seguimos. ■ MARIA ESTHER GILIO.

**El príncipe  
de este mundo**

Desde los primeros tiempos del cristianismo se ha considerado al Diablo como príncipe de este mundo; los gnósticos primitivos hacían de él —o de un demiurgo ciego y perverso (antítesis del Ser Supremo, sereno vacío e inaccesible)— su creador. Dios está demasiado alejado de la Tierra, y sólo se manifiesta por sus mediadores —los santos, la Virgen e incluso El mismo, que ha de cambiarse de naturaleza y humanizarse en Cristo (perdiendo así, al menos en el sentir popular, gran parte de su divinidad) para intervenir en los asuntos humanos—, en tanto que Satán, el Negador, está presente en todo, presto a manifestarse él mismo bajo cualquier apariencia. El problema del mal y de quien lo encarna es uno de los que más han hecho discurrir a los autores cristianos.

En 1948 la colección católica «Etudes Carmelitaines», destinadas a publicar los resultados del «Carmel d'Avon» —congreso que se celebraba anualmente para tratar de temas teológicos—, presentó al público sus conclusiones sobre el tema del Diablo. Una selección de los ensayos aparecidos entonces ha sido traducido al español (1), dándonos una curiosa interpretación de la figura de Satán, curiosa porque a pesar de la fecha reciente de aparición del libro en su edición original, muestra una mentalidad no muy alejada de la que consideramos medieval: para sus autores estamos en un mundo regido por fuerzas preternaturales, en el que campan por sus respetos potencias, espíritus no muy distintos de los elementales de Paracelso, que pueden manifestarse y de hecho se manifiestan, influyendo en nuestras vidas de

(1) *Satán, estudios sobre el adversario de Dios*. «Las Ediciones Liberales». Editorial Labor. Traducción de Luis Miguel Rodríguez Condal. Barcelona, 1975.

una forma clara a veces, solapada otras. Por otra parte, el libro tiene un enorme valor histórico y antropológico. Dividido en cinco capítulos estudia la existencia, la historia y las formas de Satán, y los aspectos —exorcismo y represión legal— que tiene la lucha contra él en la civilización cristiana.

El primer capítulo trata de la existencia y naturaleza primitiva del demonio, tan similar al hombre —o a lo que el cristianismo trata de reprimir en el hombre—, por su doble condición de ángel y bestia. El jesuita A. Lefèvre estudia la figura del demonio tal como aparece en el Antiguo Testamento y en viejos textos babilonios. En estos textos primitivos, el demonio aparece no solamente como antagonista de Dios —esto es más bien una idea de los evangelistas cristianos, que (influidos quizá por la idea mitológica de las luchas entre dioses y titanes) utilizan al Diablo como figura opuesta a Cristo—, sino como enemigo del hombre, oscuro y terrible, verdadera encarnación del caos que trata de destruir el orden impuesto por los seres humanos. Acaba Lefèvre definiendo al maligno como nada —vacío angustioso que reviste mil formas de pesadilla—, contra la que Dios hubo de luchar para crear el mundo. El profesor H. I. Marreu determina en un artículo posterior, dentro de este mismo capítulo, la condición angélica de Satán, enemigo de Dios no por naturaleza —pues ésta es angélica—, sino por un acto de libre albedrío.

P. Joseph Henninger, antropólogo, estudia la presencia de «El adversario de Dios en los pueblos primitivos». Traza la prehistoria del demonio, su presencia —o la de sus equivalentes— en las sociedades pre-cristianas y en los pueblos primitivos actuales. Parte de la hipótesis de que la creencia en el Diablo sólo puede existir allí donde se crea también en un Ser Supremo, un Dios, y lo busca en las civilizacio-

nes de agricultores y cazadores —pieles rojas, pigmeos, samoyedos...—, y en los pueblos nómadas de las estepas del Asia Central, estudiando las prácticas y creencias chamánicas. Henri-Charles Puech escribe un ensayo titulado «El príncipe de las tinieblas en su mundo». Recoge en él las creencias maniqueas y gnósticas que presentan al Diablo como un dios negro o contradiós, demiurgo creador de este mundo. Reproduce y comenta ampliamente algunos textos maniqueos —los kēphalaia—, mandeos y coptos, y los ilustra y rebate con citas de Agustín de Hipona. Cita una frase bellísima de Ibn-Murtada: «Entonces la oscuridad imaginó y labró con todas sus partes una forma horrible, y afectó a un viaje a través de variados infiernos, maravillosos y terribles, uno de los cuales podría ser nuestro propio mundo. El sentido de este artículo queda tal vez algo oscurecido por un error que supongo de traducción. Se llama repetidamente agnósticos a los gnósticos, lo que resulta un poco desconcertante.

Emile Brouette estudia la represión del satanismo en la Europa del XVI, explicándola por la crisis social, política y económica que atravesaba entonces el continente y por la misoginia que hacía aparecer a la mujer como puerta del infierno y vehículo ideal para la encarnación del mal en este mundo. El ensayo queda completado por la descripción del proceso seguido a Anne de Chantaine por brujería (1620-25) y por un cuadro sinóptico de los principales procesos de brujería, edictos legales y textos teológicos destinados a su estudio y represión.

Jean-Vinchon toca el tema del exorcismo, estudiando la figura del diablo tal como se manifiesta a través de los estados de posesión. Narra hechos que un cierto subgénero cinematográfico está popularizando entre nosotros. Admite la existencia de

la posesión diabólica y la diferencia de los estados psicopatológicos —epilepsia, esquizofrenia— con que la puede confundir. Es un ensayo curioso, pues mezcla el lenguaje psiquiátrico con un fondo absolutamente ingenuo y casi mágico.

Quizá el ensayo más interesante de este libro para aquellos que tengan en el diablo un interés más artístico y arqueológico que confesional, sea el de Germain Bazin, conservador del museo del Louvre. Supone a Satán como encarnación de lo múltiple y disperso, contrapuesto a la unidad, que es Dios, y estudia las mil formas que ha adoptado el negador en las artes plásticas, desde el bello demonio de los mosaicos bizantinos hasta las formas atormentadas de Goya. Satán mezcla, para manifestarse de forma visible, los aspectos más dispares de la creación, haciendo una labor de pintor surrealista al unir en sus criaturas elementos de naturaleza dispar. Bazin pone a Picasso como ejemplo de artista satánico, que rompe la unidad de la figura dividiéndola en planos múltiples, dispersándola. Diabolismo es, pues, caos y confusión.

El libro se cierra con una bibliografía extensa y detallada sobre Satán, establecida por el estudioso de lo oculto Roland de Villeneuve. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

## El «gay-rock», entre la decadencia y la revolución

En los últimos años el término «gay-rock» ha venido a tipificar y aprehender confusa y demasiado ambiguamente a toda una forma «nueva» de expresión pública, circunscrita, en su génesis y degeneraciones, al mundo de la música «pop», y concretamente a esa forma agresiva, anarquizante y siempre fresca que es el «rock». Eduardo Haro

Ibars (1), en el estudio y análisis de las personalidades y los grupos que han alcanzado la efímera gloria que proporciona el super-«rock» —siempre devorador y explotador de protestas o lamés—, sitúa y desmenuza en sus aportaciones a los verdaderos «creadores» de este rollo y a sus epígonos glitterianos de pacotilla, encargados de desvirtuar, vender, prostituir, subvalorar y cubrir bajo

(1) Eduardo Haro Ibars, *Gay Rock*. Libro de la Colección «Los Juglares». Ediciones Júcar. 211 páginas. Madrid, 1975.

montañas de «glitter» el revulsivo que se podría desprender de las posturas de sus «reinas».

El autor del libro hace especial hincapié en el distanciamiento que estas superestrellas mantienen con respecto a las masas marginadas de «gays» —término «slang» que significa homosexual, pero «alegre», contrapuesto y conjurador de neurosis de culpabilidad o depresiones—, en las que se apoyaron para sus «trips» de plástico, dejando a un lado las exigencias de los grupos más revolucionarios del Gay Liberation Front, que no

sólo lucha en contra de la discriminación sexual, sino que pretende cambiar las estructuras que la determinan y perpetúan. Por otro lado, aclara a situar en su contexto —el del «rock»— las diversas aportaciones de este «movimiento», el redescubrimiento y utilización del «espectáculo-música» sobre todo como plataforma «mixed-media-show» sobre la que escenificar a nivel del universo dominado por los medios de comunicación más sofisticados, ya que musicalmente el «gay-rock» no ha aportado nada nuevo

con respecto a los grandes del «rock», como Elvis Presley, Bob Dylan o Jimi Hendrix.

Las dos grandes figuras de esta «entelequia», Lou Reed y David Bowie, se han limitado a amalgamar y utilizar para sus fines las estructuras musicales ya desarrolladas previamente, integrándolas, eso sí, en una forma «nueva», que es precisamente el rollo en el que estamos y sobre el que Eduardo Haro desborda su crítica, yendo a las fuentes y descubriendo las influencias primarias, además de descri-

## 1887-1975 AGUSTI DURAN I SANPERE

Para mi familia, simplemente, el «tío Agustí». También lo era, en cierto modo, para toda la ciudad de Cervera, que le había visto nacer el día 5 de junio de 1887. Durante mi niñez, adolescencia, juventud y madurez, la presencia del tío Agustí por las calles cervarienses, a las que llegaba en sus vacaciones como director del Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, era siempre una promesa de compañía intelectual, de magisterio indeleble, que al pasar los años se ha ido grabando en mi alma... Su trayectoria limpia de intelectual catalán, su amor a Cervera y a Barcelona, que resumen dos etapas de su vida, pueden ser hoy, en el momento de su muerte, el símbolo de una actitud que prefirió, por encima de todo, «la Obra Bien Hecha».

En su juventud cervariense se fue moldeando decisivamente su vocación de escudriñador de la historia. Los campos de la Segarra vieron sus primeros tanteos arqueológicos, en los que persistió de tal modo, que medio siglo más tarde tuvo aún ocasión de acompañarle muchas veces para terminar de esclarecer algún dato inseguro. Entonces yo era para él el futuro explorador de nuestra iglesia románica de Sant Pere el Gros, a extramuros de la ciudad, y aunque la vida me ha llevado por otros caminos, a enseñar en una Universidad americana, siempre he sentido cierta nostalgia por aquel destino truncado, que tan generosamente me brindaba y para el que, si lo hubiese sabido aprovechar, su magisterio me pertrechaba con las mejores armas.

Ahora, cuando le decimos adiós, encuentro en su propia vida la prolongación de aquella lección, que mi juventud no supo aprovechar. «Tornant-hi a pensar», volviendo a pensar en ello —diría con el título de uno de sus libros, aparecido en 1961—, evocó con él una vida que es un paradigma de honradez intelectual, en aquella Cervera posuniversitaria a la que yo debiera incorporar más tarde. De la mano de la arqueología —como un día la cantamos en unos «gozos» familiares Josep Solsona y yo mismo, dos de los letrados heridos de la familia—, piedra tras piedra, nos fue dando la historia de la ciudad a partir de 1917, la de su querida Barcelona, a la que bien podríamos decir que dedicara toda su vida, porque antes de morir ha podido ver coronada la obra que le dedicara con los volúmenes que acaba de entregarnos la Editorial Curial, en los que se advierte el celo feroz de su hija Lali.

Pero siendo enorme su polígrafa producción, que además de la arqueología amparó pronto la historia, la etnografía, el arte y la literatura, creo que Agustí Durán i Sanpere es, más aún,

un ejemplo de actitud humana, de ético comportamiento, que resplandece a lo largo de toda su vida. Una única anécdota: Después de salvar denodadamente los archivos catalanes en la Cataluña republicana durante la guerra civil —como nos lo recuerda Joan Ainaud en el prólogo al «Libre de Cervera», de Durán i Sanpere—, al término de la guerra pudo trasladarse a Estados Unidos, donde le esperaba una Cátedra en Harvard. Renunció a ella para quedarse en Barcelona y someterse al juicio que los vencedores le hicieron, por entender que su presencia era necesaria para defender a quienes a sus órdenes no habían hecho otra cosa que ayudarle a salvar el patrimonio artístico catalán durante la contienda.

Otros hablarán de la obra ingente del historiador, del arqueólogo, del literato, del investigador del arte, del etnógrafo. Dejéme evocar aquí, en el dolor de la pérdida común, simplemente al hombre, al «tío Agustí»... ■ **JAIME FERRAN.**



Agustí Durán i Sanpere, en el Museo de Cervera, con el rector del Knox College, Inman E. Fox. (Foto: Gómez Grau.)